

La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia, siglos XIX y XX. Ximena Soruco Sologuren. 2012. La Paz: IFEA-PIEB, 268 páginas.

El tema del mestizaje es, para todos aquellos que alguna vez lo hemos tomado como vector para arribar a otros estudios vinculados a lo latinoamericano, un complejo entramado de tensiones y de cuestiones poco definidas, que terminaron englobándose en una categoría mayor, que, sin embargo, no deshizo la complejidad que involucraba. El concepto, en general, fue analizado desde la cuestión racial, como un modo de explicar el fenómeno de la colonización en Latinoamérica luego de la llegada de los españoles.

En Bolivia en particular, el tema merece detenidos estudios, ya que la tradición ensayística y literaria, abordó y definió de diversas maneras el impacto de un mestizaje que ya no era posible negar sin que ello implicara, también, la negación de la población en territorio boliviano. Textos fundantes al respecto los encontramos en *Pueblo Enfermo* (1909) de Alcides Arguedas y en *Creación de la pedagogía nacional* (1910) de Franz Tamayo. El primero afirma que el mestizaje es el causante de la decadencia del país; el segundo intenta conjurar al mestizaje creando la metáfora del cuerpo musculoso y vital indígena comandado por una cabeza mestiza. Esta metáfora pretende definir y explicar los derroteros que la nación debería tomar, uniendo a los sujetos del *hacer* (indígenas) con los sujetos del *pensar* (mestizos-criollos).

En *El espejismo del mestizaje* (2005), Javier Sanjinés –crítico literario boliviano– observa una división en la amplia masa heterogénea que englobaba al mestizaje. Lo interesante de su propuesta es que el mestizaje deja de ser percibido y entendido como una mera cuestión racial; superando ese tema, reconoce y analiza cómo el mestizaje encarna diversos niveles todos ellos vinculados más a lo cultural que a lo racial. El autor realiza la siguiente distinción: “(...) cholo –mestizo aindiado que defiende las pautas culturales indígenas, en oposición al mestizo acriollado, occidentalizado (48)”, asumiendo que la categoría mestizo merece un análisis particular y una relectura en cuanto a todas sus definiciones anteriores.

Es a partir de esta definición y distinción entre cholo y mestizo, que Ximena

Soruco Sologuren, siguiendo las líneas tendidas por Sanjinés, realiza el trabajo de investigación que reseñamos en esta oportunidad. En *La ciudad de los cholos* (2012), se revela el trabajo que Soruco Sologuren realizó, dirigida por Sanjinés, para aspirar a su doctorado en literatura de la University of Michigan. Lo interesante de leer a ambos autores, es que en el ámbito académico boliviano, no se encuentran muchos referentes que se vuelquen al análisis de la literatura y del teatro populares para arribar a una reflexión social, política y literaria de esos textos. Por ello, la obra de Soruco es relevante para quienes estudiamos la literatura producida en Bolivia.

La autora realiza un recorrido sobre el imaginario cholo construido a lo largo del siglo XX, poniendo especial énfasis en la figura femenina y sus diversas configuraciones literarias. El volumen está acompañado por figuras y fotografías que ayudan a visualizar, desde lo simbólico y lo material, el modo de vestir, de ubicarse en el espacio fotográfico y observar las usanzas y costumbres que acompañan a cada período analizado desde lo literario.

Es interesante observar que Soruco Sologuren persigue una línea construida por obras que han sido canónicas y que pertenecen a la tradición literaria boliviana. Los datos fundamentales que la autora observa en dichas novelas y obras de teatro tienen que ver con la constitución no solo del imaginario al que nos referíamos más arriba, sino con la verdadera capacidad de acción de las protagonistas fuera de las obras, por un lado; por otro, analiza cómo la figura de la chola es “manipulada” políticamente de acuerdo a los intereses explicitados por los autores en sus producciones. Los diversos modelos de cholos que se desarrollan en ellas, responden a lo que los autores quieren enfatizar. En todo caso, es preciso detenerse en el primer capítulo del libro a partir del cual la autora establece ciertas líneas que analizará a lo largo de su investigación. Según Soruco Sologuren, en la literatura podemos encontrar las diversas configuraciones y modelos utilizados por los autores para contrarrestar la impronta del cholaje en el derrotero político, económico y social de la Bolivia del siglo XX. Existe un reconocimiento, a estas alturas de la historia, de que la capa chola que constituía la masa de población más numerosa en las ciudades principales de Bolivia a principios del siglo XX y que representaba una amenaza muy fuerte para las capas mestizas-criollas encumbradas en el poder. Es por ello que comienza a desarrollarse una

“ingeniería” simbólica ocupada en demostrar que el cholo era efectivamente la enfermedad de la nación por poseer los peores atributos del indio y los peores vicios del blanco. En el fondo de ese razonamiento se esconde un temor a que el poder político y económico detentado por conservadores y liberales fuera arrebatado por estos sujetos a los cuales los criollos consideraban, desde todo punto de vista, como inferiores.

El análisis de la autora continúa demostrando esta hipótesis en los capítulos siguientes. Así, aparece el modelo de la chola como “prostituta” en las producciones de principios del siglo XX (1900-1930), en donde se evidencian los personajes teñidos de un fuerte contenido racista que se podrían enmarcar en lo que Soruco Sologuren llama como “novela del antimestizaje”. Este periodo histórico se caracterizó por estar fuertemente emparentado al estado liberal-conservador que finalizó con el estallido de la Guerra del Chaco contra Paraguay en 1936. Las novelas indigenistas colocan el foco en la creación de un personaje indígena maltratado y vituperado por el personaje cholo; de este modo, se logra acentuar el carácter un tanto bestial del cholo que encarna, como decía Arguedas, el mal nacional. Este capítulo está enriquecido, además, por las fotografías y retratos que acompañan al análisis de Soruco. En ellas se puede observar de qué modo el vestuario y las propias configuraciones del trabajo de las mujeres cholas afectan a su condición social y cultural en general.

En el capítulo tres, Soruco analiza un conjunto de obras en donde el papel femenino aparece encarnado por una chola representada como madre simbólica de la nación. Este es el periodo posterior a la Guerra del Chaco y tal como en el capítulo anterior las novelas tenían el soporte ideológico de Arguedas, las de este periodo se apoyan en lo expresado por Tamayo, y es por ello que la autora afirma que “Tamayo representa la posibilidad de narrar a la chola ya no como prostituta, sino como madre simbólica de la nación (142)” ya que la metáfora utilizada por el pensador contribuye a reflexionar en términos de un mestizaje “productivo” y no de un mestizaje “enfermo” como el que planteaba Arguedas. La visión optimista de Tamayo radica en querer ver una posibilidad de superación nacional encarnada por la vitalidad del indio y la inteligencia del criollo. De todos modos, no es que para Tamayo la solución descansa en el cholo sin más, sino que su propuesta está sostenida por un nuevo plan pedagógico que le quite bar-

barismo al cholo para poder asemejarse más al mestizo-criollo. En el grupo de novelas analizado por Soruco Sologuren en este capítulo, aparece la chola como madre, como quien engendrará un nuevo futuro para la nación. Por ello, aquí se ubica *La Chaskañawi* (1947) de Carlos Medinaceli como novela emblemática de este periodo.

En el capítulo cuatro analiza detenidamente la obra *La niña de sus ojos* (1948) de Antonio Díaz Villamil ya que, aunque pertenecen al mismo periodo, plantea –según Soruco Sologuren– una realidad diferente a la que se presenta en *La Chaskañawi*: “es esa concepción de barbarie del aymara que prevalece frente, por ejemplo, a los quechuas del valle y que mantiene el miedo criollo a la «guerra de razas» en el altiplano boliviano (172)”. La obra de Antonio Díaz Villamil, ubicada en el altiplano mantiene un recuerdo muy vivo del cerco llevado a cabo por Zárate Wilka en 1899 y es por ello que presenta una oposición más explícita hacia el aymara; mientras que Medinaceli desarrolla su obra en los valles cochabambinos, cuna de la cultura quechua, consolidando con ello el imaginario de que los quechuas son más afables que los aymaras.

El libro culmina con un capítulo dedicado exclusivamente al análisis de obras pertenecientes a lo que la autora llama “teatro popular”. En el marco del estudio de la cultura chola en Bolivia, la aparición de numerosas obras teatrales destinadas al público cholo de la ciudad de La Paz, resulta relevante para comprender de qué modo se configuran los personajes y cómo se construyen diversos imaginarios vinculados a la cultura chola. Para ello, la autora toma un *corpus* de obras escritas entre 1942 y 1985 por Raúl Salmón de la Barra ya que “su posición fuera del canon literario nacional y su masiva audiencia permiten leer la existencia de procesos identitarios cholos que se apartan del proyecto nacional mestizo que se gestaba en esa época (206)”. En ese sentido, se observa que se reúnen los cholos representados y el público cholo como espectador de su propia realidad, interpelado por el propio escritor que, en algunas obras, alienta a través de sus personajes a que los cholos ocupen un papel más relevante en la conducción política nacional.

La ciudad de los cholos de Ximena Soruco Sologuren es un trabajo de investigación que, para quienes trabajamos con la literatura producida en Bolivia, era necesario y resulta ahora de indispensable lectura. La historia de la literatura

boliviana, debía un capítulo especial a las configuraciones presentes en las obras no ya del indio sino del cholo, a la inclusión de obras de teatro populares destinadas a ese público y al exhaustivo análisis de los personajes femeninos que aparecen en numerosas obras del siglo XX; estos elementos indican que lo que se dijo con anterioridad debe ser revisado por nuevas lecturas que deben renovarse con nuevas visitas acompañadas de nuevos marcos teóricos. Este libro es, por ello, una posibilidad de ingresar, desde otros lugares, al estudio de la narrativa boliviana del siglo XX.

Magdalena González Almada
Universidad Nacional de Córdoba